

Prelados, es totalmente increíble, ò el que forjasen en su cabeza la persona, y hazañas de Bernardo del Carpio, ò que asintiesen à las noticias, que podría ministrarles algun vano rumor del vulgo.

61 En las Naciones mas cultas, y amantes de las letras perecieron infinitos escritos de Autores muy recomendables. Claro se vé, que es mucho mas natural que esto sucediese en España en aquellos tiempos, quando casi todo el cuidado se llevaban las armas, y ninguno las letras. Llegarian, pues, y llegaron sin duda à los dos Prelados instrumentos, y memorias seguras de la persona de Bernardo del Carpio, las quales despues se perdieron. Instemos de nuevo en el exemplo alegado arriba. Herodoto, Ctesias, Xenofonte, Diodoro Siculo, y Trogo Pompeyo, cuya Historia abrevió Justino, fueron un buen espacio de tiempo posteriores à Cyro. No se halla algun Autor contemporaneo, ò inmediatamente posterior à aquel Principe, que dé noticia de él. ¿Deberá inferirse de aqui, que no hubo tal Principe, y que quanto de él se cuenta es fabuloso? Es claro que no, y no por otra razon, sino porque debe creerse, que aquellos Autores escribieron sobre memorias, ò escritos, que entonces existian, y despues se perdieron. Es cierto, que antes de los nombrados hubo vários Historiadores, que escribieron las cosas de la Asia, y de la Grecia, como Symmias Rhodio, Eumeles Corinthiaco, Cadmo Milesio, Charon Lampsaceno, Xanto Lidio, y otros, de quienes solo sabemos los nombres. De estos pudieron copiar los Historiadores, que les sucedieron, las noticias, que por sus manos llegaron à nosotros; y es de creer que lo hicieron así. Perecieron las Historias primitivas de Grecia, y Asia, y quedaron las segundas, à las quales damos aquella fé, que es proporcionada al caracter de los Autores, y calidad de los sucesos, persuadiendonos la recta razon, que las segundas se tomaron de las primeras.

62 Vaya otro exemplo. Las Historias mas antiguas, que tenemos de las cosas de Alexandro, son las de Plutarco, Arriano, y Quinto Curcio. El mas antiguo de estos Autores

es mas de trescientos años posterior à Alexandro. ¿Será motivo este bastante para disentir positivamente à quanto hallamos escrito de aquel Heroe? De ningun modo; porque aunque ninguno de ellos fue testigo de sus hazañas, ni alcanzó à los que lo fueron, se debe creer, que las participaron de otros escritos anteriores, que hoy no existen. De Arriano se sabe (porque él lo dice), que arregló su narracion à la de Aristobulo, Historiador Griego, contemporaneo del mismo Alexandro; pero el manifestarnos la fuente de donde derivó su Historia, fue un accidente, sin el qual ésta no dexaria de ser copia de aquel original. Y como en caso de callarla, sería temeridad insigne repudiar como fabulosa la Historia de Arriano, por ignorar de qué Autor anterior se habia copiado; del mismo modo, y aun con mas fuerte razon en el nuestro será temeridad insigne condenar como fabuloso lo que el Arzobispo Don Rodrigo, y el Obispo Don Lucas refieren de Bernardo del Carpio, por ignorar de qué instrumentos, ò escritos se tomaron aquellas noticias. Dixe *con mas fuerte razon*, porque estos dos Prelados, en virtud de las graves circunstancias, que concurren en ellos, fundan un evidente derecho contra toda sospecha de ficcion, ò vana credulidad, à menos que de aquella, ò de esta se exhiban pruebas ciertas, y positivas.

63 Con esta reflexion se derriban (digamoslo así) de un golpe casi todas las opiniones especiales, que el Doctor Ferreras lleva en la Historia de España, porque casi todas se fundan en la misma especie de argumento; quiero decir, en la ignorancia de los escritos, ò memorias primitivas de donde tomaron sus noticias los Autores que hoy tenemos. No negará el Doctor Ferreras (yá se vé), que en muchos de estos concurren todas aquellas calidades, y señas, que pueden acreditarlos de sábios, prudentes, y sincéros; luego tienen evidente derecho para que no presumamos, ò que forjaron en su cerebro las noticias, porque esto sería capitularlos de mentirosos, ò que las tomaron de algun vano rumor, porque sería acusarlos de imprudentes.

§. XIX.

64 **T**odavía se puede oponer contra la existencia de Bernardo del Carpio, y el testimonio de los dos Prelados, el silencio de los Chronicones, ò Chronicas anteriores, en las quales no se halla noticia alguna de nuestro Heroe. Pero este argumento solo podrá hacer fuerza à quien no haya visto aquellos Chronicones, ò ignore el caracter, intento, y forma de tales escritos, los quales no son otra cosa que unos brevisimos compendios de la Historia de España; de tal modo, que algunos Reynados abundantes en grandes, y notabilisimos sucesos, apenas ocupan de ellos media pagina. ¿Cómo es posible hallar expresado el nombre, y hazañas de Bernardo del Carpio, ni de otros muchos Caudillos, que rigieron las Esquadras Españolas, en unos Sumarios, que en algunos Reynados solo dicen à secas, que tal, y tal Rey ganaron muchas victorias, sin expresar cuántas, ni cuándo, ni dónde, ni contra quién, ni con qué gente, ni otra circunstancia alguna? Es innegable (como poco há arguía muy bien un famoso Antagonista del Doctor Ferreras), que en aquellos siglos en que los Españoles lograron tan continuadas victorias, hubo entre ellos algunos ilustres guerreros, y excelentes Capitanes. No obstante, de ninguno de ellos se hace memoria en los Chronicones. Luego como el silencio de estos no prueba contra la existencia de famosos Caudillos en comun, tampoco prueba contra la existencia de Bernardo del Carpio en particular.

§. XX.

65 **N**O pretendo en esta Critica contra los argumentos del Doctor Ferreras defraudar aun en uua minima porcion el respeto que merecen su doctrina, virtud, sinceridad, y modestia, prendas, que notoriamente resplandecen en este Autor; y que así como me inclinan à amarle, y venerarle, me alejan mucho de sospechar, que la singularidad de sus opiniones nazca de algun principio vicioso, ò reprehensible, como algunos han imaginado.

Lo

Lo que juzgo es, que ésta se ha originado, de que queriendo huir con demasiado conato de un escollo de la Historia, dió, sin pensarlo, en otro escollo opuesto. Con movimiento tan violento quiso apartarse de la vana credulidad, que no paró hasta caer en la nimia desconfianza. No siendo capáz de evidencia la Historia, debemos contentarnos en ella con un asenso prudente; y será prudente el asenso, siempre que estrive en motivo grave, qual lo es el testimonio de Autores juiciosos, y fidedignos, aunque ignoremos por qué conducto llegaron à su conocimiento los sucesos, porque debemos creer tuvieron alguno, que no fué despreciable.

66 No ignoro, que algunos Escritores estrangeros, especialmente Franceses, acusan à los Españoles de faciles en creer, y escribir noticias mal comprobadas, y acaso esta nota ayudó à inclinar al doctor Ferreras al extremo opuesto. Refiere Esteban Balucio en la vida de Pedro de la Marca, que habiendole escrito à este grande hombre nuestro Monge Español el Maestro Fr. Francisco Crespo el designio que tenia formado de escribir la Historia del celeberrimo Monasterio de Monserrate, Pedro de la Marca en su respuesta, despues de aprobar el proposito, le previno, que no usase en aquella Historia de testimonios falsos, como suelen hacer los Españoles: *Admonet que Crespum, ne in ea Historia scribenda, falsis, uti Hispani solent, testimoniis utatur.* Pero la injusticia de ésta acusacion es notoria. En España hay de todo, Historiadores buenos, y malos, del mismo modo que en Francia. La nota, que mas frecuentemente nos imponen los Criticos Franceses de que admitimos todo genero de tradiciones, creo que mas cae sobre sus Historiadores, que sobre los nuestros. Digan lo que quisieren de la venida del Apostol Santiago à España, de la Imagen del Pilar, y otras tradiciones nuestras, es visible la retorsion sobre ellos de la identidad de San Dionysio, Obispo de Paris, con el Arcopagita: en el arribo de los tres hermanos Lazaro, Marta, y Maria à Marsella: en las tres Lises traídas del Cielo por un Angel à Clodoveo.

en

en la santa Ampolla de Rems, dexando à parte la Ley Salica, la fundacion de la Monarquía por Faramundo, y otras cosas de este genero. Apuremos la probabilidad de estas tradiciones Francesas.

67 El que San Dionysio Areopagita haya sido Obispo de Paris tiene contra sí: lo primero, el silencio de todos los Autores por todo el espacio de los ocho primeros siglos; pues el Abad Hilduino, que floreció en el nono, es el primero en cuyos escritos se halla esta noticia. Tiene lo segundo, que Sulpicio Severo, hablando de la persecucion, que se suscitó contra los Fieles en tiempo de Marco Aurelio, dice que entonces empezó à haber Martyres en Francia; lo qual es incompatible con el martyrio atribuido mucho antes al Areopagita dentro de las Galias. Tiene lo tercero, que San Gregorio Turonense afirma, que San Dionysio, Obispo de Paris, vino à Francia en tiempo del Emperador Decio; esto es, cerca del año 250 de nuestra Redencion; y del Areopagita se sabe, que murió en el primer siglo de la Iglesia.

68 El arribo de los tres Santos hermanos à Marsella tiene tambien contra sí: lo primero, el silencio de todos los Escritores Eclesiásticos por ocho, ò nueve siglos, exceptuando unicamente à Desiderio, Obispo de Tolón, de quien alega Natal Alexandro no sé qué recopilacion de Actas de los Santos Tutelares de aquella Iglesia, escrito hácia el fin del siglo sexto. Mas la autoridad de este Escritor se debilita mucho, yá por ser unico, yá por la carencia de toda noticia anterior en el espacio de cinco siglos. Tiene lo segundo, al testimonio de Honorio Augustodunense, que refiere haber Lazaro transmigrado à la Isla de Chipre, donde fue treinta años Obispo, lo que es imposible con la otra navegacion à Marsella, la qual suponen los Autores, que la afirman, haber sido hecha en derechura desde Palestina, poco despues del martyrio de San Esteban. Tiene lo tercero, la autoridad de Modesto, Patriarca de Jerusalem, el qual dice, consta de las Historias, que la Magdalena murió en la Ciudad de Epheso.

Con-

69 Contra la santa Ampolla hay lo uno, que Hincmaro, Arzobispo de Rems, fue el primero que refirió aquel prodigio, y este floreció 350 años despues del bautismo de Clodoveo, en cuya ceremonia se dice haber sido presentada por una paloma la Ampolla del precioso balsamo, con que se ungen los Reyes Franceses. Hay lo otro, que San Gregorio Turonense, que floreció mucho antes que Hincmaro, tratando en su Historia del bautismo de Clodoveo, no habla palabra de aquel prodigio; siendo así que fue sumamente exacto (y no pocos dicen que nimiamente crédulo) en referir quantos milagros llegaron à su noticia. Hay tambien, que en la vida de San Remigio (este Santo bautizó à Clodoveo), escrita por Venancio Fortunato, no mucho despues de su muerte, tampoco se dice palabra del prodigio, siendo tan proprio de aquella Historia, que parece imposible se omitiese, siendo verdadero. Hay en fin, que la vida de San Remigio, atribuida à Hincmaro, fue escrita sobre poco fieles memorias; pues en ella se lee, que Clodoveo fue bautizado el día antes de la Pasqua de Resurreccion, lo qual ciertamente es falso, constando por una Carta de Alcimo Avito, Arzobispo de Viena en el Delfinado, al mismo Clodoveo, que el bautismo de este Príncipe fue celebrado la Vispera de Navidad.

70 La Historia de las Lises traídas por el Angel, es un cuento de mucho mas reciente data, que los antecedentes. En ningun Autor antiguo se halla vestigio de esta maravilla, ni yo sé quién fue el primero que la inventó. Pero parece indubitable, que esta fabula se forjó despues que los Reyes de Francia dieron en tomar por Armas las Lises: lo que, segun el Diccionario Universal de Trevoux, tuvo su principio en Ludovico Septimo, que fue coronado el año de 1131. Dicen los Autores del Diccionario, que este Príncipe tomó tal divisa por la ilusion de la voz *Lis* al nombre de *Luis*, y porque le llamaban *Ludovicus Floridus*.

71 Tan mal fundadas, como se ha visto, están las tradiciones Francesas. Sin embargo muchos Criticos de aquella Nacion solo tienen ojos para vér la flaqueza de los Espa-

ño-

ñolas. Y lo mas admirable es, que pretendan hacer valer contra las nuestras al argumento negativo, tomado del silencio de los Autores antiguos; siendo asi, que éste, bien miradas las cosas, es, sin comparacion, mas fuerte contra las suyas. La disparidad consiste en que nosotros padecemos en muchos siglos suma penuria de Escritores. Por la continua inquietud de las guerras, ò no habia quien escribiese, ò faltaba quien atendiese à conservar lo que se escribía. Solo han quedado esos pocos miseros, y descarnados Chronicones, ò porque solo hubo ocio para escribir unos volumenes de tan poco bulto, ò porque su pequenez ayudó à preservarlos de la injuria del tiempo. Miseros, y descarnados los llamo, porque en ellos no se atendió à dar noticia de aquellos sucesos illustres, en que se funda la vanidad de las Naciones, si solo un diminutissimo resumen de los diferentes Reynados. Asi es preciso, que muchas cosas grandes, y dignas del mayor aprecio, solo llegasen por tradicion verbal à nosotros: al contrario en Francia: Asi como, desde que se plantó en ella la Religion Christiana, nunca se vió la Nacion en las angustias que la nuestra, nunca les faltó oportunidad para escribir, y para conservar lo que escribian. Asi nosotros con justicia podemos pedirles los instrumentos, ò memorias antiguas de donde derivaron lo que en gloria suya nos refieren hoy sus Historiadores; y el argumento negativo, tomado de la falta de tales instrumentos, que es muy débil contra nosotros, viene à ser eficazissimo contra ellos.

72 Todos debemos convenir en que las tradiciones populares, destituidas del apoyo de instrumentos antiguos, son generalmente muy falibles. Mil veces me he explicado sobre esta materia. El transcurso de un siglo solo basta à propagar la ficcion, ò ilusion de un individuo, de modo, que se haga voz de todo un Pueblo. De la voz del Pueblo pasa el error à la pluma, yá de este, yá de aquel Escritor menos advertido. Puesto en este estado, si en él se interesa la vanidad del público, yá no hay contradiccion que le contraste. Son muy pocos (tal vez ninguno) los que se atreven à

im-

impugnarle; y contra esos pocos luego se hace un gran ruido, que les sufoca la voz con aquel argumento sumamente poderoso con el vulgo, de que es temeridad oponerse à la opinion comun, y será imprudencia creer antes à esos pocos, que à los innumerables, que están por la sentencia opuesta; mayormente, que entonces se pondera gravemente la sabiduria de éstos, y se desacredita quanto se puede la de aquellos. Si se hace juicio, que la tradicion presta algun fomento à la piedad, yá no solo es empresa desesperada combatirla, mas sumamente peligrosa al que la intenta. Exclamase contra el combatiente, fingiendole, ò aprehendiendole enemigo, por lo menos oculto, de la Religion. Armase tan furiosamente el zelo, como si viese poner fuego al Santuario. Con que al mas osado se le hace abandonar un intento, en que no vé otro exito, que la ruina de su fortuna, y pérdida de su fama.

73 Quando no obstante haya argumentos eficaces contra las opiniones recibidas, considero indispensablemente obligados los Escritores à batallar por la verdad, y purgar al Pueblo de su error. ¿Para qué se escribe la Historia, ò cómo se puede escribir bien, sin apartar las fabulas de las realidades? Ni en este caso se debe desesperar del triunfo. Será probablemente tan tarde (asi sucede comunmente) que el Autor no le goce por estar yá colocado en el túmulo. Pero quien, como debe, sacrifica su pluma al bien comun, à este atiende, y no à su interés particular.

74 Mas quando no hay argumento positivo contra las tradiciones, si solo el negativo de la falta de monumentos que las califiquen, como sucede por la mayor parte à las de nuestra Nacion, dos reglas me parece se deben seguir: una en la Teorica, otra en la Práctica; una dictada por la Critica, otra por la prudencia. La primera es, suspender el asenso interno, ò prestar un asenso débil, acompañado del rezelo de que la ilusion, ò embuste de algun particular haya dado principio à la opinion comun. Puede ser ésta verdadera, y puede ser falsa, porque la creencia popular es como la fama: y

Tom. IV. del Theatro.

Bb

Tam

Tam ficti, pravique tenax, quam nuncia veri.

75 La segunda es, no turbar al Pueblo en su posesion: ya porque tiene derecho à ella siempre que no puede apurarse la verdad, ya porque de mover la question no puede cogerse otro fruto, que disensiones en la República literaria, y dicitios contra el que emprendió la guerra. Quando yo, por mas tortura que dé al discurso, no pueda pasar de una prudente duda, me la guardaré depositada en la mente, y dexaré al Pueblo en todas aquellas opiniones, que, ò entretienen su vanidad, ò fomentan su devocion. Solo en caso, que su vana creencia le pueda ser por algun camino perjudicial, procuraré apearle de ella, mostrándole el motivo de la duda, y entonces le clamaré con el Profeta: *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt, et viam gressuum tuorum dissipant.* (Isai. cap. 3.)

76 Volvamos ya de la Critica à la Historia, para dar una vista à las postrimeras glorias de España.

§. XXI.

77 **D**espues que con repetidos millares de proezas insignes fueron arrinconando los Españoles à los Sarracenos en las Provincias Meridionales, poniendolos à la vista del Africa, de donde habian salido, parecia que tenian poco que hacer en arrojarlos de la otra parte del Estrecho, pues bien consideradas las fuerzas de uno, y otro partido, apenas se podia considerar, que fuese obra mas que de ocho, ò diez años la total expulsion de los Moros. Pero divididas ya entonces las Provincias reconquistadas en varios dominios, las discordias de unos Príncipes con otros hicieron lo facil difícil, retardando mucho tiempo la conclusion de tan grande obra.

78 No obstante estos embarazos, no faltaron ocasiones en que brillase extremadamente el valor, y Religion de los Españoles. Singularmente fue glorioso el Reynado de Fernando Tercero, cuyas virtudes tiene canonizadas la Iglesia. Este Príncipe grande en el Cielo, y grande en la tier-

ra, Heroe verdaderamente à lo divino, y à lo humano, en quien se vió el rarísimo conjunto de gran guerrero, gran Politico, y Santo, bastaria por sí solo para dar gloria inmortal à nuestra Nacion; pues si se atiende al todo de sus virtudes Christianas, Militares, y Politicas, se puede asegurar con toda verdad, que en otra Nacion alguna *non est inventus similis illi.* Gobernó en paz, y justicia à sus Vasallos. Fue amado de los buenos, temido de los malos, padre de todos, especialmente de los pobres. Juntó las dos Coronas de Castilla, y Leon, adquiriendo con su conducta, y valor esta segunda, que la injusticia de su padre, y ambicion de sus hermanas Doña Sancha, y Doña Dulce querian desmembrar de la primera. Ganó para Castilla, y para el Cielo los Reynos de Murcia, Cordova, y Sevilla. Estableció el Supremo Consejo de Castilla, obra grande para la recta administracion de la justicia en estos Reynos; instituyó excelentes leyes, y empezó la coleccion de las de las partidas, que absolvió su sucesor. En fin, lleno de todo genero de laureles subió al Empyreo, à recibir otra Corona infinitamente mas illustre, que la que dexó en la tierra.

79 Debaxo de sus tres inmediatos sucesores se vió España muy trabajada de guerras civiles, lo que atrasó mucho los progresos Militares sobre los enemigos de la Fé; hasta que el quarto sucesor *Alfonso*, con justicia llamado *el Grande*, lograron la Religion, y la Patria grandes ventajas, porque este Príncipe, igualmente Politico, que magnanimo, y Guerrero, empleó felizmente sus altos talentos en supe- ditar à todos sus enemigos, domesticos, y estraños, à la reserva de uno solo, que tenia dentro de sí mismo; esto es, su desordenada pasion por el otro sexo.

§. XXII.

80 **E**N el Reynado de su hijo Don Pedro mudó tanto España de semblante, quanto distaba el hijo del padre, Pedro de Alfonso, un bruto feroz de un Heroe esclarecido. Con mucha razon dán à aquel Principe el nombre de *Cruel*, y con suma injusticia el de Justiciero; si no

es que quiera llamarse justicia la inhumanidad, la rabia, la fiereza. ¿Qué espectáculo tan funesto dió España en aquel tiempo à las demás Naciones, quando la vieron padecer las furias de un Rey sanguinario, los destrozos de las guerras civiles!

*Papulumque potentem
In sua victrici conversum viscera dextra.*

81. Con todo, aun entonces, en medio de tanto nublado, resplandeció para ilustrar à España un clarísimo Sol. Este fue aquel insignisimo Prelado, honor de España, y de la Iglesia Don Gil Carrillo de Albornóz, para cuyo gigante merito faltan voces à la Rhetorica; de cuyos raros talentos, si se dividiesen, se podrian sin duda hacer cinco, ò seis Varones eminentísimos; pues él lo fue en virtud, en valor, en las letras, en las armas, en el manejo de negocios Politicos, y Eclesiasticos; de modo, que siendo su nobleza Régia, pues por el padre descendia de los Reyes de Leon, y por la madre de los de Castilla, lo menos estimable, que hubo en él, fue la nobleza. Fueron grandes los servicios, que hizo à esta Monarquía en el Reynado de Don Alonso; pero mucho mayores à la Iglesia en los Pontificados de Clemente VI, y Urbano V, tanto, que se puede decir, que la soberanía temporal, que goza en Italia la Silla de San Pedro, ò en el todo, ò en la mayor parte se le debe al Cardenal Albornóz. Sabida es aquella generosa, y valiente satisfaccion, que dió à Urbano V., quando este Papa, incitado de algunos émulos, ò envidiosos de la gloria de este grande Español, quiso pedirle cuenta de las grandes sumas de dinero, que, siendo General de las Armas de la Iglesia, habia consumido en la guerra de Italia: que fue ponerle delante al Papa un carro cargado de llaves, y cerraduras de las puertas de todas las Ciudades, y Villas, que habia restaurado para la Silla Apostolica, diciendole, que en la compra de aquel hierro habia expendido todo el dinero, cuyo cargo se le hacia: lo que visto por Urbano, abrazandolo con amorosa ternura, convirtió el acto de residencia

en cordialísimas demostraciones de agradecimiento, por los grandes servicios, que habia hecho à la Iglesia Romana. No hubo cosa en este hombre que no fuese admirable. Todas sus acciones tenian un genero de sublimidad de espíritu, que se remontaba mucho sobre el comun de nuestra naturaleza. Era natural en el heroismo. Ni para acometer las mas arduas empresas necesitaba su corazon de extraordinarios esfuerzos; ni para hallar expediente en los mas difíciles negocios habia menester su entendimiento prolixos discursos. Era su ánimo tan extraordinariamente excelso, y desembarazado, que pisaba como tierra llana las cumbres; caminaba sin perplexidad por los laberintos. En fin, aun estando à la pintura, que de este grande hombre hacen los Estrangeros, juzgo que ninguna otra nacion dió Héroe igual al Colegio Apostolico (a)

§. XXIII.

(a) Habiendo dexado en este Discurso un claro grande entre el Reynado del Rey Don Pedro, y el de los Reyes Catholicos Don Fernando, y Doña Isabél, me ha ocurrido ahora ocupar parte de aquel vacío con una hazaña grande de un Heroe nuestro. Muevenos principalmente à escribirla el que sobre ser de tan especial caracter, que acaso en los Anales de todas las Naciones, y de todos los siglos no se hallará otra semejante, el Autor de ella, bien lexos de ser reputado por Héroe, no solo entre los Estrangeros, mas aun entre los Españoles, unos, y otros atribuyen su fortuna à un capricho indigno de la suerte, al favor injusto de un Principe dotado de poco conocimiento, y de ningun valor. Hablo de Don Beltrán de la Cueva, Conde de Ledesma, Duque de Alburquerque, gran Maestre de Santiago, famoso entre las gentes, por motivos de bien diferente clase del que voy à proponer; tan querido del Rey Enrique IV. de Castilla, que muchos Españoles han querido hacer creer una condescendencia increíble del Rey al Vasallo. Este Caballero solo tuvo una ocasion de explicar su valor, porque solo se halló en una batalla. Pero en esa le explicó tan extraordinariamente, que sino en las Fabulas, no se hallará ni original de quien él fuese copia, ni copia de quien él fuese original.

2 Estando para trabarse la batalla de Olmedo entre las Tropas, que seguian el partido del Rey, y las de los Próceres coligados, que proclamaban Rey al Principe Don Alonso, quarenta Caballeros del séquito de este Principe estipularon entre sí arrojarle en

§. XXIII.

82 **C**OMO es imposible terminar la larga carrera, que sigo, en los angostos limites de un Discurso, sin dár algunos largos saltos sobre espacios de tiempo, que podrian llenar una grande historia, y sobre hechos illustres, que podrian honrar à qualquiera grande Monarquía, no se debe estrañar, que desde el infeliz Reynado de Don Pe-

la batalla à todo riesgo, hasta matar, ò prender al Duque de Alburquerque. Sabiendo esto el Arzobispo de Sevilla, que estaba en el Exército de los Proceres, ò por afecto particular à la persona del Duque, ò por humanidad, ò por genoridad, le envió un Rey de Armas, avisandole de lo que pasaba, para que entrase con Armas disfrazadas en la batalla; siendo imposible de otro modo defender su vida, ò su libertad contra quarenta desesperados. ¿Quién no abrazaria tan tempestivo consejo? Nadie sino Don Beltrán de la Cueva. Este Gallardo Español, en vez de proveer à su seguridad, hizo la mas eficaz diligencia para ser conocido de sus enemigos en la batalla. Mandó traer alli sus Armas; y haciendolas reconocer al mensajero, le requirió diese puntuales señas de ellas à los quarenta conjurados contra su vida; pues con aquellas mismas habia de pelear. En lo demás dixo, que al Arzobispo agradecia mucho su buena voluntad, y al mismo Rey de armas regaló magnificamente. Llegado el caso de la batalla, executó lo que habia prometido. Los quarenta hicieron lo que cabia en unos hombres determinados à todo. En efecto el Duque, siendo acometido de algunos de los Caballeros conjurados, y no queriendo rendirse, se vió en grande aprieto; mas al fin su valor le desembarazó del riesgo; y aun uno de los quarenta, llamado Don Fernando de Fonseca, de las heridas que le dió el Duque, murió dentro de pocos días. (Garib. Histor. de España, tom. 2. lib. 17. cap. 16, y 17.)

3 Nada dá mas justa idéa de lo grande de esta hazaña, que el que la famosa Magdalena Scuderi la haya copiado à la letra, para aplicarla à su Artamenes, ò gran Cyro. Es este un fenómeno Litterario de especialísimo honor para los Españoles, y que por tanto publico aqui gustoso, para que venga a noticia de todos los Estrangeros. Esta sabia Francesa, que en la Vida, entre historica, y fabulosa, de su gran Cyro, y que tiene mucho mas de lo segundo, que de lo primero, para engrandecer à su Heroe añadió à la realidad quanto cupo en su fertil imaginativa: introduxo tambien à este fin en ella

Pedro, sin tocar en los intermedios, vaya à buscar el gloriosísimo, y feliz de los Reyes Catholicos Don Fernando, y Doña Isabél, debaxo de cuya dominacion se muestra España brillando con tantas, y tan copiosas luces, que solo con los ojos de la admiracion pueden ser examinadas.

83 Empezando por los Principes, en Fernando vemos el mas consumado, y perito en el Arte de reynar, que se conoció en aquel, y en otros siglos, y à quien repu-

Bb 4

tan

ella varios rasgos de las proezas, y victorias del gran Principe de Condé; siendo como todos han conocido el principal designio de aquella historica novela el panegyrico del Marte Francés, que la Scuderi habia constituido Idolo suyo. Mas para sublimar al gran Cyro al punto mas alto del heroismo, no bastando ni las hazañas del Marte Francés, ni las de su propria invencion, qué hizo? Copió à la letra la de un Español, que es sin duda mayor, y pide mucho mas grandeza de animo, que todas las que, ò el de Condé hizo, ò la Scuderi fingió.

4 Hallase la relacion de Scuderi en la primera parte del gran Cyro, lib. 2. Allí se lee, que estando este Principe (conocido entonces solo por el fingido nombre de Artamenes) para dár batalla, como General de las Tropas del Rey de Capadocia, contra las del Rey del Ponto, quarenta Caballeros (que aun en el numero fue fiel copista la Escritora) conspiraron unanimes en arriesgar sus vidas, por quitarsela à Artamenes. Por una especial generosidad el mismo Rey del Ponto le dá aviso à Artamenes del furioso proyecto por medio de un Rey de Armas, à fin de que éntre disfrazado en la refriega. Oyóle Artamenes; hace traer sus armas; muestralas al enviado; le intima que publique sus señas en el Exército enemigo; y le despide, regalándole con un rico diamante. Llega el día de la batalla, los quarenta Caballeros procuran la execucion de su proposito, parte de ellos acometen à Artamenes; pero el esfuerzo de éste los atropella, y le saca triunfante del peligro.

5 La primera vez, que lei esta hazaña fingida de Artamenes, no habia leído la verdadera de Don Beltran de la Cueva, ò por lo menos no me acordaba de haberla leído; y protesto, que en mi interior acusé de defectuoso, en quanto à esta parte, el juicio de la Escritora Francesa; pareciendome, que en esta ficcion habia salido de los terminos de la verisimilitud. Tengo por sin duda, que otros muchos Criticos harian el mismo concepto. Pero eso mismo releva la gloria de nuestro Español, cuyo gran corazon arribó con la realidad adonde no llegaba la verisimilitud.

tan comunmente por el gran Maestro de la Política, en cuya Escuela estudiaron todos los Príncipes mas hábiles, que despues acá tuvo la Europa: en Isabel, una muger, no solo mas que muger, pero aun mas que hombre, por haber ascendido al grado de Heroína. Su perspicacia, su prudencia, su valor la colocaron muy superior à las ordinarias facultades aun de nuestro sexo, por cuya razon no hay quien no la estime por uno de los mas singulares ornamentos, que ha logrado el suyo.

84 Si atendemos à los hechos de armas, y extension que con ellos adquirió la dominacion Española, discurrendo por los dos ámbitos del tiempo, y del mundo, solo hallarémos algun paralelo à la multitud, y rapidéz de nuestras conquistas en las del Grande Alexandro. Purgóse España de la Morisma: agregóse el Reyno de Navarra à la Corona de Castilla: conquistóse dos veces el Reyno de Napoles contra todo el poder de la Francia. En fin, se descubrió, y ganó un nuevo Mundo.

85 Si consideramos los instrumentos inmediatos, que destinó la Providencia à tales empresas; esto es, Gefes, y Soldados, dicho se está, que unos, y otros necesariamente fueron supremamente insignes. Por parte de los dos Gefes principales se puede decir, que aun eran para mas de lo que hicieron. Hablo de aquellos dos rayos de la guerra, Gonzalo Fernandez de Cordoba, y Hernan Cortés; el uno, que mereció à todas las Naciones, ser apellidado por antonomasia *el Gran Capitan*; el otro, que hubiera logrado el mismo epiteto, à no hallarle ya preocupado. Digo, que, aun habiendo hecho tanto, eran para mas de lo que hicieron. Al primero le ató mas de una vez las manos la escasez de los socorros. Pero el mayor embarazo à sus progresos no estuvo en la nimia economía, sino en el genio suspicáz de Fernando. Fue tan grande el famoso Cordoba, que no solo le temieron los enemigos del Estado, mas aun su proprio Príncipe; y este temor fue su mayor enemigo. Era hombre capáz de hacer al Rey Catholico dueño de toda Europa, si el Rey Catholico,

conociendo, que no podia recompensar dignamente tan altos servicios, no temiese que él mismo se buscasse el premio, haciendose dueño de una Monarquia. Estos rece- los hicieron arrinconar à un hombre, en quien la determinacion de la batalla era prenda segura de la victoria.

86 El segundo yá se sabe cuántos estorvos padeció de parte de los suyos. No dió paso, en que no rompiese por mil dificultades. No era la mayor tener siempre enfrente à los enemigos, sino tener siempre à las espaldas los émulos. ¡Y cuántas veces, por mas domestico, fue mayor el riesgo en sus propios Soldados. Ningun Caudillo se vió jamás en tan peligrosas circunstancias. Con tan corto numero de gente, que apenas bastaba à rendir una pequeña Villa, estaba empeñado en la conquista de un grande Imperio. La débil autoridad, que tenia sobre ella, era un quebranto de fuerza, que debaxo de otro Caudillo haría inutil el Ejército mas numeroso. La envidia le estaba combatiendo al mismo tiempo, yá con armas en la campaña, yá con negociaciones en la Corte. No habia momento en que no tuviese tanto el honor, como la vida en manifesto peligro. Quando estaba ganando tierras, y tesoros para su Príncipe, le capitulaban con este de inobediente, y rebelde. ¡Qué lastima vér arriesgado el honor de tan gloriosas conquistas en las cavilaciones de un Letradillo, que oraba en el tribunal por el furor de un envidioso! Todo lo vencieron la valentia de aquel invencible brazo, y la perspicacia de aquel superior entendimiento, dexando unicamente à sus enemigos el torpe consuelo de vér, despues de tanto triunfos, al gran Cortés poco atendido, pues dentro de la misma Ciudad de Mexico, que acababa de conquistar, recibió graves desayres por la malevolencia de mal intencionados Ministros; en cuya tolerancia, y disimulo se mostró igual aquella incomparable magnanimidad, que ningun momento de su vida le desamparó el corazon.

87 No ignoro, que algunos Estrangeros han querido minorar el precio de las hazañas de Cortés, poniendoles

por

por contrapeso la ineptitud de la gente à quien venció, y à quien han procurado pintar tan cobarde, y tan estúpida, como si sus Exércitos fuesen inocentes rebaños de timidas ovejas. ¿Pero de qué Historia no consta evidentemente lo contrario? Bien lexos de huir los Mexicanos como ovejas, se arrojaban como leones. Era en muchos lances victorioso su valor, porque pasaba à ferocidad. Eran ignorantes en el arte de guerrear; mas no por eso dexaba de sugerirles su discurso tan agudos estratagemas, que fueron admirados de los mismos Españoles. Hacíanles los nuestros grandes ventajas en la pericia Militar, y en la calidad de las armas. Pero por grandes que se pinten estas ventajas, no equivalen ni con mucho al exceso, que ellos hacían en el numero de gente, pues hubo ocasiones en que para cada Español habia trecientos, ò quatrocientos Mexicanos. Finalmente, si por la ventaja, que hace el vencedor al vencido en la disciplina de las Tropas, y pericia de los Gefes, se le ha de robar el aplauso de la victoria, sin entrar en cuenta la desproporcion del numero, será preciso decir, que Alexandro hizo poco, ò nada en conquistar el Asia toda: porque ¿qué duda tiene, que los Macedonios eran muy superiores en ciencia, y disciplina Militar à todos los Asiaticos?

§. XXIV.

88 **E**L mayor honor, que de tantas conquistas recibió el Reynado de Don Fernando, y Doña Isabél, no consistió en lo que estas engrandecieron el Estado, sino en lo que sirvieron à la propagacion de la Fé. Quanto camino abría el acero Español por las vastas Provincias de la America, otto tanto terreno desmontaba para que se derramase, y fructificase en él la Evangelica semilla. Este beneficio grande del mundo, que empezó felizmente en tiempo de los Reyes Catholicos, se continuó despues inmensamente en el de su sucessor el Emperador Carlos V. en que nos ocurre celebrar una admirable disposicion de la Divina Providencia, enlazada con una insigne gloria de España.

Si

89 Si miramos solo à la Europa, funestísimos fueron aquellos tiempos para la Iglesia, quando Lutheró, y otros Heresiarcas, levantando Vandera por el error, subtraxeron tantas Provincias de la obediencia debida à la Silla Apostolica. Mas si volvemos los ojos à la America, con gran consuelo observamos, que el Evangelio ganaba en aquel emisferio mucha mas tierra, que la que perdía en Europa. Asi disponia el Cielo, que se reparasen con ventajas por una parte las ruinas, que se padecian por otra; y lo que hace mas à nuestro proposito, que quando las demás Naciones trabajaban en desmoronar el edificio de la Iglesia, España sola se ocupaba en repararle, y engrandecerle. Al paso que en Alemania, Francia, Inglaterra, Polonia, y otros Países se veían discurrir mil infernales furias, poniendo fuego à los Templos, y sagradas Imágenes, iban los Españoles erigiendo Templos, levantando Altares, colocando Cruces en el emisferio contrapuesto; con que ganaba el Cielo mas tierra en aquel Continente, que perdía en estotro.

§. XXV.

90 **N**O pudiendo los ojos mal dispuestos de las demás Naciones sufrir el resplandor de gloria tan illustre, han querido obscurecerla, pintando con los mas negros colores los desordenes, que los nuestros cometieron en aquellas conquistas. Pero en vano; porque sin negar, que los desordenes fueron muchos, y grandes, como en otra parte hemos ponderado, subsiste entero el honor, que aquellas felices, y heroycas expediciones dieron à nuestras armas. Los excesos, à que inducen yá el impetu de la colera, yá la ansia de la avaricia, son, atenta la fragilidad humana, inseparables de la guerra. ¿Quál ha habido tan justa, tan sabiamente conducida, en que no se viesen innumerables insultos? En la de la America son sin duda mas disculpables, que en otras. Batallaban los Españoles con unos hombres, que apenas creían ser en la naturaleza hombres, viendolos en las acciones tan brutos. Tenia alguna apariencia de razon el que fuesen tratados *

627

compon esto con lo que dice en la fox. del frente

como fieras los que en todo obraban como fieras. ¿Qué humanidad, qué clemencia, qué moderacion merecian á unos Estrangeros aquellos naturales, quando ellos, desnudos de toda humanidad, incesantemente se estaban devorando unos á otros? Mas irrationales que las mismas fieras, hacian lo que no hace bruto alguno, que era alimentarse de los individuos de su propria especie. A este uso destinaban comunmente los prisioneros de guerra. En algunas Naciones casaban los esclavos, y esclavas, que hacian en sus enemigos; y todos los hijos, que iba produciendo aquel infeliz maridage, servian de plato en sus banquetes, hasta que no estando los dos consortes en estado de prolificar mas, se comian tambien á los padres. La crueldad de otras Naciones no se saciaba con dar muerte á los prisioneros, sino que se la hacian prolixa, y dolorosa con quantos generos de tormentos les dictaban el odio, y la venganza.

91. Todo lo demás iba del mismo modo. En unos Países no habia Religion alguna: en otros se profesaba una Religion tan bestial, que horrorizaba mas que la total carencia de Religion. El hurto, el engaño, la perfidia, si no se celebraban como virtudes, á lo menos no se reprehendian como vicios. Los horrores de su lascivia pasaban mucho mas allá del termino adonde puede llegar nuestra idea. Abusaban de uno, y otro exceso publicamente sin pudor, sin vergüenza alguna; en tanto grado, que segun refiere Pedro Cieza, habia Templos donde la sodomia se exercia como acto perteneciente al culto. En consideracion de tantas, y tan horribles brutalidades no podian los Españoles mirarlos sin grande indignacion, aun quando eran bien recibidos de ellos. ¿Qué sería quando los hallaban armados? ¿Qué sería quando sucedia la fatalidad, de que sorprendidos algunos de los nuestros, eran cruelmente sacrificados á sus idolos? Puede decirse, que el barbaro proceder de aquella gente tenia á los Españoles en tal disposicion de ánimo, ó en tal abominacion, y rédio, que á qualquiera ofensa llegaba á las ultimas extremidades la colera.

Si

92. Si otras Naciones, en los Países donde entraron, fueron mas benignas con los Americanos (que lo dudo), no es de creer, que esto dependiese de tener corazon mas blando que los Españoles, sino de tener mejor estomago para ver tales atrocidades, y hediondecas. Puede ser que la mayor delicadez de los Españoles en materia de Religion, y costumbres, los hiciese mas intratables para aquellos barbaros. Sin embargo, yo me holgára de saber á punto fixo cómo se portaron los Franceses con los salvages de la Canada. Lo que algunas Naciones de aquel vasto País executaban con los prisioneros de guerra, y practicaron con los mismos Franceses, era atarlos á una columna, donde con los dientes les arrancaban las uñas de manos, y pies, y con yerros encendidos los iban quemando poco á poco, de modo, que tal vez duraba el suplicio algunos dias, y nunca menos de seis, ó siete horas; tan lexos de condolerse de aquellos desdichados, que á sus llantos, y clamores correspondian con insolentes chanzonetas, y carcaxadas. Quisiera, digo, saber si despues de esta experiencia trataban los Franceses muy humanamente á los prisioneros, que hacian de aquella gente. Puede ser que lo hiciesen; pero, lo que yo me inclino á creer es, que los excesos de los Españoles llegaron á noticia de todo el mundo, porque no faltaban entre los mismos Españoles algunos zelosos, que los notaban, reprehendian, y acusaban; los de otras Naciones se sepultaron, porque entre sus individuos ninguno levantó la voz para acusarlos, ó corregirlos (a).

Tam-

(a) Porque nadie entienda, que los Españoles fueron los unicos que executaron crueldades en la America, propondré aqui á un Estrangero, que acaso excedió en ellas á todos los Españoles. Habiendo los Velsers, Mercaderes ricos de Ausburg, que habian prestado grandes sumas de dinero al Emperador Carlos V, oído hablar de Venezuela en las Indias Occidentales, como de un País muy abundante en oro, obtuvieron del Emperador, por via de paga, la permission del establecimiento, y dominio de aquel País, debaxo de ciertas condiciones. Hecha la convencion, enviaron á Afinger, Alemán, como General,

Y.

A.
mima la fox.
220. para
fo. 50. ven-
glon 12

el Inmto de
Gmazon car
fema pena
muerte: lo
mismo el a-
dulterio y
embriaguez
Vease a Fox
quemado
tom. 1.

93 También se debe advertir, que no fue tan tyraho, y cruel el proceder de los Españoles con los Americanos, como pintan algunos Estrangeros, cuya afectacion y conato en ponderar la iniquidad de los Conquistadores de aquellos Países, manifiesta, que no rigió sus plumas la verdad, sino la emulacion. Entre estos sobresale con muchas ventajras el señor Jovet en la Historia, que escribió de las Religiones de todo el mundo, donde sin ser perteneciente à su asunto, no habla de Provincia alguna de la America, donde no se ponga muy de espacio à referir quanto hicieron de malo los Españoles en su conquista; y aun quanto no hicieron, pues mucho de lo que se refiere es totalmente increíble, y contario à lo que leemos en nuestras Historias. ¿Qué conducia para darnos à conocer la Religion, que profesaron un tiempo, ò profesan hoy aquellos Pueblos, noticiarnos tan por extenso las maldades, que en ellos hicieron los Españoles? No se conoce en esto la pasion furiosa

y à Bartholomé Sailler, como su Lugar Teniente, con tres Navios, que conducian quatrocientos Soldados de à pie, y ochenta Caballos. Estos dos hombres, aunque uno de los pactos era, que procurarian la conversion de aquellos Infieles, solo pensaron en juntar oro; para cuyo fin no hubo inhumanidad, ni barbarie, que no cometiesen. Habiendo llegado à sus oidos el rumor, de que muy dentro del País habia una casa toda de oro, trataron de ir à buscarla; y como por ser muy largo el viage, y ninguna la seguridad de hallar viveres en los Países, que habian de atravesar, eran menester muchas provisiones, cargaron de gran cantidad de ellas à muchos Indios, de modo que el peso excedia sus fuerzas; à que añadieron encadenarlos à todos por el cuello, casi en la forma que llevan los condenados à Galeras. Succedia à cada paso caer algunos en tierra, rendidos del peso, y la fatiga. El socorro que se daba à aquellos miserables, era que por no retardar à los demás aquel poco tiempo que era menester para desatar la argolla, que llevan al cuello, al momento los degollaban. Pero la casa de oro, que en caso de existir valdria mucho menos que tanta inocente sangre derramada, no pareció; y Alfinger, víctima de su codicia, murió infelizmente en aquel viage, sobreviviendole poco tiempo Sailler. Refierelo el Padre Charlevoix en su Historia de la Isla de Santo Domingo, lib. 6. *Y el P.^o Ramezal, con mas extension en la Historia de Chiapa y Guatemala*

sa del Autor? Y no es cierto, que quien escribe con pasion no merece alguna fé?

94 Aqui he determinado concluir este Discurso, porque aunque los dos ultimos siglos están tan llenos de acciones illustres de los Españoles, como todos los antecedentes, la inmediacion à nuestro tiempo las hace tan notorias, que sería ocioso dár noticia de ellas.

GLORIAS DE ESPAÑA.

SEGUNDA PARTE.

DISCURSO CATORCE.

§. I.

EN el Discurso pasado hemos celebrado los Españoles por la parte del corazon: ahora subiremos à la cabeza. Todas las virtudes, que ennoblecen al hombre, se dividen en intelectuales, y morales. Aquellas ilustran el entendimiento, estas rectifican la voluntad. En orden à las segundas hemos comprobado arriba con dichos, y hechos, no todo lo que se pudiera decir; pero lo que basta para considerar à nuestra Nacion, ò superior à todas las demás, ò por lo menos no inferior à otra alguna, yá en el valor, y manejo de las armas, yá en el amor de la patria, yá en el zelo por la Religion, yá en humanidad, yá en lealtad, yá en nobleza de ánimo, y otras partidas de que constan los hombres illustres. Resta que ahora califiquemos la habilidad intelectual de los Españoles, con extension à todo genero de materias: en que creo necesitan mas de desengaño los Estrangeros, que en el asunto, que hasta aqui hemos tratado; siendo no pocos los que tienen hecho el concepto de que somos los mas inhabiles, y rudos entre las Naciones